David Morán



No tengo totems. Mis totems son mis padres. Solo ellos"

Escritor Con Samarra ha quedado finalista del Primum Fictum 2014, con el que la editorial Librooks busca descubrir en las óperas prima nuevos talentos literarios bajo la inquebrantable premisa de la calidad. Este cordobés trotamundos, inquieto y apasionado por los grandes de la literatura universal contemporánea, ha creado una road movie atípica, donde lo fragmentario conforma un universo muy particular que, gracias a la magia de su protagonista, el detective Moransky, hará disfrutar al lector de un viaje único y apasionante

NATALIO BLANCO FOTOS: DAVID MORÁN

u primera novela rebosa ambición y originalidad. ¿Se ha autoimpuesto poner el listón así de alto o simplemente se ha dejado llevar por las andanzas de su protagonista, el detective Moransky?

La ambición de originalidad es consustancial al hecho literario. Homero es original porque pone a Odiseo a llorar mientras añora su hogar y hace flashback. Nadie hasta entonces había hecho llorar al héroe. Ni hecho flashback. No existe el contenido sin la forma. Y yo hace tiempo que escribo de manera fragmentaria. He publicado poco o nada hasta el momento pero llevo muchos años escribiendo. Sin géneros. Lo que me pida el cuerpo. El trabajo pule el estilo. Casi todas mis novelas son fragmentarias. Son un juego, un puzle, que requiere de la atención del lector, pero dejándole respirar. De algún modo, si uno escribe, debe hacerlo lo mejor posible; todo el mundo desea ser original, la aspiración de un escritor es fabricar buena literatura, que genere empatía, que divulgue, que divierta... Aspira ser leído, en definitiva, y asombrar, si puede. Claro, así el autor se convierte en un mago; mejor si no se le nota el truco. Luego, uno, si quiere, puede subvertirlo todo y hacer que el truco se vea, como ocurre en Samarra, pero es que en Samarra el truco es otro, que prefiero que el lector descubra por sí mismo. Pero respondiendo a su pregunta, he de decir que, desde que nació en el año 2010 en LA, el día del aniversario de la muerte de Michael Jackson, ha sido Moransky el que me ha llevado a mí, después de realizar esa ruta de la novela por mi cuenta, quizá ya buscando un detective. Apareció ahí, en el aeropuerto de LA, y lo primero que hizo fue darme un dólar de la suerte y, desde entonces, me alojó en su casa, me llevó arriba y abajo y no me dejó pagar nada. Yo hice de él un detective, pero Moransky existe, yo lo conocí. Aunque, ahora que lo pienso, ¿qué fue primero: el viaje o la historia? Como dice Vila-Matas, "no nos engañemos: escribimos siempre después de otros".

¿Ha tenido algún tipo de vértigo al



dar el salto desde el relato corto al siempre temeroso universo de la novela?

Como le comentaba, escribo desde hace tiempo. Y por lo general mezclo los géneros. Relato largo, novela corta, cuento corto, relato hiperbreve. En *Brookesia minima*, mi último libro de cuentos va desde menos de una línea a 25 páginas, creciendo poco a poco, de frase a microcuento, de microcuento a cuento, de cuento a relato corto, al largo, a micronovela, hasta la novela breve... La escritura ha de ser libertad, fuera de los corsés de los géneros. Y en ocasiones, mezclo también los estilos.

Una noche de truenos, llegué a casa, donde vivía con mis padres y mis hermanos, en Córdoba. Era ya tarde, el estruendo de la tormenta y los fulgores de los rayos me senta-

ron a escribir. Sentí que tenía cosas que decir, cosas que contar... Comencé mi primera novela, tendría 21 años, luego la dejé.

Curiosamente los temas sobre los que quería escribir son los mismos que los de ahora y siempre: la vida, la muerte, el viaje, la identidad, la dualidad.

Así es que, respondiendo a su pregunta, no he sentido vértigo, al contrario, el proceso se ha producido lentamente. Aunque la novela aparezca casi en esquema, con los referentes bien patentes y pueda parecer imperfecta, poco trabajada, la escribí en septiembre de 2010 a marzo de 2011. Llevaba en mi cabeza 21 años, pero solo pudo ser escrita en ese momento de mi vida. Desde entonces la he corregido 17 veces, las últimas siete veces viajando por la Patagonia. Por eso

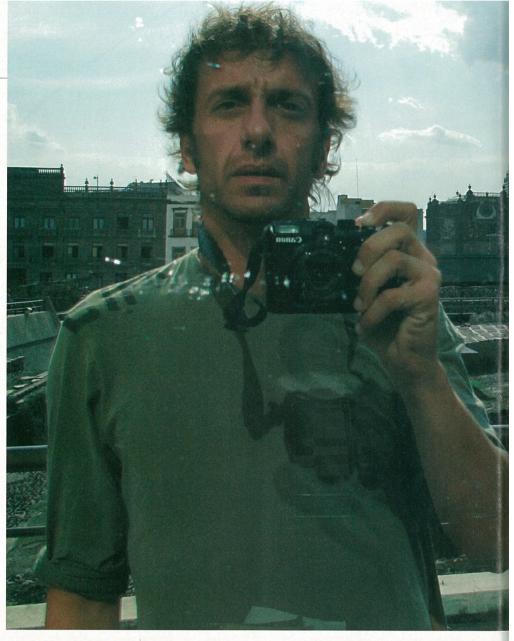
está fechada en Tierra del Fuego. Ahí la abandoné ya a su suerte. Siempre confié en ella. No era la tercera que había escrito, sino la séptima, ya había cierto oficio detrás. Pensé: "tiene que ser ahora". Escribí *Samarra* después de conocer al señor Moransky, como si la propia perra del protagonista me la hubiera dictado al oído.

Siguiendo ese principio no escrito por el que el protagonista de cualquier historia novelesca debe ser alguien que inicia una investigación para conocer la verdad de un asunto, usted coloca al detective Moransky en el centro de una trama singular alejada de la novela adscrita al género negro puro y duro, como ya han hecho con éxito otros como Bolaño, Auster o Piglia, por ejemplo. ¿Bebe David Morán

directamente de estos totems de la literatura universal actual?

Los autores bebemos de todo, vo lo he dicho siempre. Hace 20 años fui a pasar la Navidad a Ponferrada con un amigo de la mili. En una bodeguina, tomando vino y más vino, Olegario el tabernero me señaló una frase de entre las cientos que poblaban las paredes, antaño blancas: 'Mira si la muerte está segura de ganarte que te da la vida entera de ventaja'. ¿Qué iba a hacer?, me la quedé y la puse en boca de un personaje. Olegario, me aseguró que era anónima. Es obvio, fagocitamos cultura: textos, imágenes, música... En cuanto a Bolaño, lo he leído y nunca me deja de sorprender. Escritor con mayúsculas. De oficio. Demasiado bueno. Imposible de superar. Un faro al que agarrase en estos convulsos tiempos para la literatura. Auster también me gusta, envidio su capacidad de producir buenas obras, pero mi preferido es, sin duda, Juan Rulfo, su única novela es sencillamente perfecta en su imperfección. Dicen que su autor la aligeró de 400 páginas a poco más de cien. Y sus cuentos, para inmolarse en el Llano. Reivindico también a autores como el peruano Julio Ramón Ribeyro, el venezolano Ednodio Quintero, el argentino Sergio Cheifec, el dominicano Junot Díaz o el inclasificable Vila-Matas. Sí, lo reivindico abiertamente, somos deudores de nuestros escritores preferidos. Pero no tengo totems. Mis totems son mis padres. Solo ellos.

Y respecto al tema del detective, a mí me interesaba un protagonista en un escenario muy abierto, no quería que Moransky estuviera todo el día correteando por la ciudad, me interesaba trasladarlo a un entorno poco habitual, en el que él se sintiera extraño, casi alienado, como dentro de un sueño interminable y caluroso. Que sintiera miedo y, al mismo tiempo, se maravi-



La frontera y la subcultura que generan las ciudades fronterizas es fascinante.
Todo ese trasiego legal e ilegal. Es como

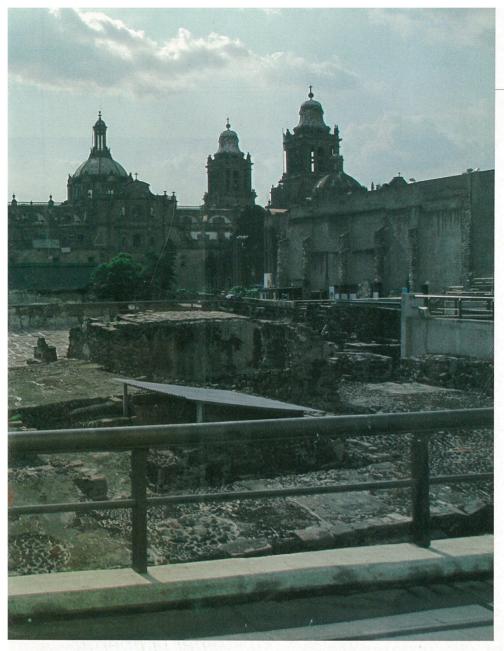
un hormiguero. Me magnetiza

llara con el paisaje y el paisanaje. Aunque también las ciudades aparecen y tienen mucha importancia. En el viaje iniciático del protagonista tiene que haber de todo.

Moransky deberá poner toda la carne en el asador para evitar el suicidio "perfecto" que busca el extraño señor F. En su persecución por carreteras desoladas del oeste de Estados Unidos y de México, los personajes extravagantes se cruzarán en su camino. ¿No hay tam-

bién mucho de la literatura de Thomas Pynchon en su estilo?

En realidad creo que lo más interesante de la novela son las intrahistorias de los personajes secundarios (no sé ni cuál es mi preferido, todos son necesarios), cuyos destinos quedan irremediablemente unidos a los de los dos protagonistas, aleteo de mariposa de un lado del mundo que cambia la dirección de una bala en el otro lado. Quería que el azar conspirara para hacernos reflexionar.



Pynchon, me gusta. He de leerlo más. Pero lo leí mucho después de terminar con la novela. Para Samarra me documenté con todo tipo de obras: los menos conocidos clásicos del cine, pelis del Oeste, road movies, artículos, música mexicana, chicana, country, rock, R&B, soul, blues, jazz, fanzines, escritos sobre contracultura y teoría de la comunicación, filosofía deconstructivista y, por supuesto, tuve que leer a la generación Beat: Kerouac, Ginsberg, Burroughs... Antes apenas había leído a Poe, Steinbeck, Hawthorne, Hemingway, Whitman, Henry Miller, Melville y Groucho Marx. Y de ninguno demasiado. Así es que cuando acabé Samarra continué leyendo a autores estadounidenses: Cheever, Roth, Coover, McCarthy, De Lillo, Palahniuk, Amis, Bellow, Shepard... y ahí es donde encontramos a Pynchon. Aún tengo muchas deudas con la literatura norteamericana pero me retiro de los norteamericanos por un tiempo, no me gusta obsesionarme.

El surrealismo va ganando terreno en una obra en la que pone en jaque los estereotipos de la cultura fronteriza americana a ritmo de Vicente Fernández o The Doors. ¿Siente que su novela cumple con los preceptos de los derroteros por los que se encamina la novela del futuro tal y como la conciben escritores como Enrique Vila-Matas? He trabajado teóricamente en ello, pero desconozco en qué grado lo he conseguido en la práctica.

Para ser honestos: yo escribí la

novela en 2010-2011 y, en 2012, leí *Perder teorías* de Vila-Matas. Imaginé que hablaba de mi novela, que por supuesto él no conocía, y lo usé para justificar teóricamente la novela de cara a conseguir una beca para escritores en Roma que ofrecía la ahora mortecina Aecid. No salió lo de la beca, pero me sirvió para tener ciertos argumentos académicos para hacer interesante la novela de cara a posibles mecenas / editoriales.

Es decir, si la novela cumple los requisitos de la novela del futuro que propone Vila-Matas es fruto del azar. Y me alegro. O igual no los cumple todos de manera eficiente. Es posible. No lo sé. Pero es esa clase de azar que pone contento y que hace el mundo especial. Ayer leía Calle de única dirección de Benjamin, y hoy leo Punto de fuga de David Markson, El Tao del viajero de Paul Theroux y Limbo de Fernández-Mallo y me parece mentira que todo esto esté sucediendo. ¿O estamos soñando?

También su perfil biográfico tiene algo de *road movie*: un cordobés en la corte de la "pela es la pela". De *picapleitos* a fotógrafo y guionista de televisión. ¿Es su novela una traslación de los mundos cambiantes y cada vez más fronterizos que vivimos en la actualidad?

"Lo mejor del viaje parece existir fuera del tiempo, como si no se te descontaran de tu vida esos años en ruta", dice justamente Paul Theroux. Es cierto, siempre me gustó moverme. De pequeño. De grande. He viajado mucho, con mis padres por España, luego solo en un 127 verde, y luego por Europa, por Asia, por África y América. Solo o acompañado. A pie, en burro, en mula, a caballo, en barca, haciendo autoestop, en buseta, en colectivo, en tren, en ferry... Al final miro atrás, a todas las cosas hechas en mi vida laboral y digo que está bien, que están bien hechas. Con-



tento de haberlas hecho lo mejor que sé. Pero siempre he intentado tener la libertad para decidir cómo quiero vivir: mi pasión es viajar con una mochila, caminar mucho, contemplar la naturaleza, beber de los arroyos, comer la comida local, hospedarme en sitios locales y humildes, hablar con la gente, levantarme al alba, esperar la cola del pan, reírme cada día con alguien diferente... Conocer otros pueblos, otras historias que, en definitiva, son las mismas. Leo, un inventor y poeta amigo, siempre me dijo que yo no era un escritor de oficio porque necesitaba viajar para escribir. Cierto, lo necesito, y para hacer fotografía, y para vivir.

Respecto a lo fronterizo, en definitiva, los escritores inventamos mundos que parten de este mundo y lo enlazan de nuevo a él. Hoy 11

Siempre he intentado tener la libertad para decidir cómo quiero vivir: mi pasión es viajar con una mochila, caminar mucho, beber de los arroyos...

tendemos a la creación de mundos fronterizos reales a través del control de las fronteras, que habría que abolir. Solo hay que mirar lo que está ocurriendo en Ceuta y Melilla, o entre México y EEUU por poner otro ejemplo. La frontera y la subcultura que generan las ciudades fronterizas es fascinante. Todo ese trasiego legal e ilegal. Es como un hormiguero. Me magnetiza ese mundo fronterizo. Te abduce (¿cómo no ir a Tijuana si uno viaja por el Oeste americano?) y, al mismo, abomino de las fronteras. Esa dicotomía domina toda la novela.

¿Teme o ansía el veredicto de la crítica tras su presentación de largo en el proceloso mundo de la literatura?

Te respondo con una cita de Picasso: "El arte no es verdad, es una mentira que permite reconocer la verdad". Y otra de David Markson: "Cierta marina de Henri Matisse fue colgada de cabeza en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, y permaneció así durante un mes y medio".

A pesar de todo, creo que a todos nos afecta la crítica, si es mala. Incluso si es buena. Los mejores críticos son los lectores, no la gente, que solo se lee la sinopsis y la primera página en un sillón de orejas. Por suerte, hay críticos serios a los que yo leo pero, para mí, las mejores recomendaciones vienen de los escritores que admiro.

Por último, ¿por qué el título de Samarra, teniendo en cuenta que es el nombre de la perra del protagonista?

Ah, Samarra. Larga historia, larguísima. Insólita, tan difícil de creer que ya ni la cuento. Tiene que ver con azares perrunos, con un apólogo universal mil y una vez contado, con una ciudad de Irak en la que no transcurre la novela. Me ha dado hasta para escribir el cuento: "Historia universal de un título". Todo lo que rodea a Samarra ha sido mágico y lo mejor de todo es que casi todo lo que ocurre es real, sucedió. Pero para finalizar te diré que no fue su título originario. Lo adopté poco antes de salir a escena, fruto de la extraña sincronicidad con la que funciona el azar del mundo. Y ya que se me ha soltado la lengua te contaré una historia: "En los nevados, tuve un sueño donde aparecía Herman Melville en mi habitación de Barcelona, escribiendo Bartleby, el escribiente. A los pies del escritor dormitaba un perro con nombre de ballena. Bajamos hasta la casa de Pedro, un humilde refugio que había construido su abuelo hace un siglo. En derredor de la choza crecían enormes hortensias y calas de doble flor y un perro correteaba por la pequeña planicie donde se asentaba la casa. ¡Moby, ven aquí!, dijo Pedro, para mi asombro. Al día siguiente, despues de una velada al calor del hogar de leña, jugando al dominó, nos despedimos y bajamos por las barrancas, atravesando la selva húmeda, hasta Mucunutan, acompañando a un grupo de vaqueros sin caballo que diri-



gían ganado desde el pueblo de los nevados, el más alto de Venezuela, hasta Tabay, en el valle. Llegamos destrozados moviéndonos casi como robots. Los toros hacía rato que habían llegado. Uno se había quebrado un cuerno, dejando un reguero de sangre por el camino. Descansaban plácidos en la pradera. Aún pensaba en el sueño y en Moby, la perra del generoso Pedro, cuando llegamos a Mérida. Abrí el correo electrónico y Samarra había sido seleccionada para su publicación. Era la primera vez que le cambiaba el nombre, durante cuatro años tuvo otro diferente. Así es que como la cosa iba de perros, decidí titular la novela con el nombre de la perra del protagonista, que representa muchas cosas y todo se conectaba con el sueño.



David Morán

240 páginas

Librooks

18 €